

Gratuidad “iluminada”

Carlos García Andrade, c.m.f.

La gratuidad expresa la esencia de la relación entre el hombre y Dios. Sabemos que “todo es gracia”. La lógica, sin embargo, que subyace a esta experiencia no es de fácil acceso. ¿Es acaso la manifestación de una generosidad natural sobrea-bundante e irresistible del corazón de Dios, como la lava que sale del volcán? Si es así, ¿podemos realmente vivir la gratuidad como Jesús la vivió? ¿O es algo que nos supera? ¿Responde a una lógica distinta que se nos escapa y que debemos comprender bien?

POSIBLEMENTE no exista una palabra que pueda superar en densidad humana lo que significa el término gratuidad, pero, sobre todo, no existe experiencia humana que se le pueda comparar aun por encima de todo mérito y de toda expectativa. Ser receptores de un don que no nos podíamos esperar, sobre el que no tenemos ningún derecho, ninguna razonable esperanza, es una realidad muy especial. La gratuidad, por parte del que ofrece el don, exige siempre una apuesta. Es como un sueño frágil, que puede ser fácilmente decepcionante, por lo que, a menudo, desaparece del comportamiento y de las propuestas habituales de los hombres, y pare-

ce encontrar refugio solo en las relaciones de pareja, de familia, aunque tampoco siempre.

Un horizonte hermoso pero muy difícil

La gratuidad es un horizonte siempre presente dentro de la experiencia humana. Aunque exigiendo no poco sufrimiento, esfuerzo y dolores, el nacimiento de un hijo es una enorme experiencia de gratuidad y, en condiciones normales, se percibe como un don que con su novedad supera todas las cosas imaginables. Pero se vive también una experiencia similar cuando se

alcanza un objetivo, se consigue un propósito largamente soñado o por el que se ha trabajado durante años. La experiencia es entonces tan abrumadora que uno se olvida de todas las energías empleadas, de las horas robadas al sueño, de las pruebas superadas.

La gratuidad importa mucho en la experiencia religiosa. Pedir gracias, obtener gracias, solicitar gracias, son expresiones repetidas en la literatura religiosa. Probablemente esto indica cómo, en las relaciones con Dios, el hombre es instintivamente consciente de no poder reivindicar nada, de no poder reclamar nada. La gratuidad tiene poco que ver con el juego de los derechos/deberes.

Especialmente presente consta en el evangelio, en las palabras de Jesús: «*Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis*» (Mt 10, 8), pero sobre todo está presente en sus obras, en las intervenciones milagrosas, incluso a favor de aquellos que no le piden nada (la viuda de Naín, el ciego de nacimiento...), en la actitud frente a los pecadores (Zaqueo), es una gratuidad que es el reflejo de su relación con el Padre.

También está presente con mayor fuerza en las cartas paulinas y en los otros apóstoles, es decir, en la literatura religiosa que cuenta cómo la fe es vivida por los cristianos. Por esta razón, podemos decir que la gratuidad aparece con fuerza en los carismas del espíritu. Estos son dones inesperados, no merecidos, que cambian toda la vida, que generan muchos frutos en la Iglesia. Si es posible hablar de gratuidad en una vocación cristiana, en el caso de los carismas y de sus hijos e hijas, es un hecho evidente.

Desafortunadamente, este ideal evangélico de la gratuidad no ha conseguido encajar bien dentro de la teología y de la moral católica. Junto a otros mensa-

jes esenciales del evangelio, la perspectiva de la gratuidad es sin duda permanente en la fe, pero con una presencia que podemos llamar “satélite”, periférica, como referencia esporádica, que aparece de vez en cuando, pero que no se ha convertido en algo central, lo cual significa que no hemos sido capaces de articular el pensamiento, o la visión de la vida cristiana, en torno a estos aspectos más originales de Jesús.

La centralidad del perdón (que es un acto supremo de gratuidad, capaz de recrear una relación, de abrir un nuevo horizonte, de revertir una situación de salida aparente), fue tan fuerte y consistente en el mensaje de Jesús que permanece también en la predicación de la Iglesia. A menudo, sin embargo, aparecen algunos signos que nos dicen que el perdón no ha sido bien comprendido.

El don gratuito tiene un objetivo bien preciso: suscitar libremente en el otro una respuesta análoga, recíproca. Lo que subyace a la lógica de la gratuidad es la ontología del don y la búsqueda de la reciprocidad. Incluso en el caso de Dios..

Algunos dicen: «*perdono, pero no olvido*», otros ponen algunas condiciones: «*perdono, pero si lo merece*», o «*perdono, pero solo después de que él me pida perdón*». Este tipo de argumentos nos hacen comprender que el perdón es vivido como un esfuerzo moral exigente. Que requiere condiciones. Pero algo que se debe merecer, no es gratis.

Estas condiciones parecen en cierto modo razonables. Pero una mirada simple muestra que Jesús no vivió así la gratuidad. Al contrario, estas actitudes destruyen pro-

piamente la esencia de la gratuidad que debe animar el perdón. Anteponiendo ciertas condiciones, exigiendo ciertos derechos adquiridos ¿no se niega quizás la esencia de la gratuidad que es el don incondicionado? Estas actitudes muestran que no se ha entendido la lógica interna de la gratuidad.

Un error elemental

La comprensión de la gratuidad depende de dos factores. El primero deriva de haber considerado la gratuidad como un movimiento espontáneo, cuya autenticidad depende precisamente de ese carácter casi instintivo. Si la gratuidad del acto de amor se comprende así, solo puede venir de Dios. Por esto la presencia de la gratuidad en nosotros se comprende solo como una participación en el amor de Dios, si en algún momento somos afectados por esa fuerza divina que viene de lo alto.

Según esta visión, la gratuidad no sería programable. Puede suceder o no. Si aparece –si Dios quiere– es un don maravilloso. Pero, si no sucede, es inútil buscarlo. Por esto algunas veces se dice: «*No puedo perdonar a esta persona, querría pero no puedo*», revelando una concepción del perdón como algo que “sucede” en nosotros, no como el fruto de nuestra elección. De esta manera, parece que el criterio de autenticidad de toda actitud gratuita reside en su espontaneidad, en un florecimiento inesperado e involuntario.

Este criterio, sin embargo, no se corresponde con la práctica de Jesús. No me parece que podamos decir que Jesús subió a la cruz por un movimiento espontáneo de generosidad. Ni siquiera creo que hacerse invitar a comer por Zaqueo fuera un acto no pensado y sin propósito concreto.

Lo decisivo es que Jesús nos ha mandado perdonar. Si esto es un mandamiento, significa que aquí entra nuestra voluntad. No es un ideal utópico. No. Se habla de un mandamiento concreto. La autenticidad de la gratuidad no depende de su carácter espontáneo, de surgir en una forma casi inconsciente. Depende de la voluntad de usarla, de cumplirla. Un acto de la voluntad. Muchas veces viviendo y yendo en contra de nuestras tendencias espontáneas.

La raíz y el propósito de la gratuidad

Este error procede de no haber entendido bien la lógica de la gratuidad. ¿Realmente el gesto desinteresado, gratuito, no responde a ninguna lógica? ¿Es realmente una respuesta sin motivo, inexplicable, una sacudida inesperada cuyas raíces nos son desconocidas?

Si esto fuera así, no sería posible conectarlo con ciertos mandamientos del Señor que, ciertamente, excluyen el doble juego o el uso del don gratuito para conseguir otros fines, pero no excluyen que el don gratuito tenga un fin.

A mí me parece que la acción gratuita no es irracional, sin motivo, un puro acto aislado, quizás admirable, pero ciego. En mi opinión, no hemos entendido bien su raíz, ni su fin.

El don gratuito nace de nuestra vocación más profunda, es decir, por ser hijos de Dios y por realizar nuestra existencia como ser personal, debemos entrar en la lógica de la donación. Si nos damos a nosotros mismos, entonces nos realizamos en ese don de nosotros mismos. Pero esto solo se entiende a la luz de la Trinidad. Por esto al haber dejado a la Trinidad, por tantos siglos, como encerrada en el “limbo” de la trascendencia inalcanzable ha bloquea-

do en nosotros la raíz de la que brota esta vocación.

Además, el don gratuito tiene un objetivo bien preciso: suscitar libremente en el otro una respuesta análoga, recíproca. Lo que subyace a la lógica de la gratuidad es la ontología del don y la búsqueda de la reciprocidad. Incluso en el caso de Dios.

...la búsqueda de la reciprocidad no es una motivación añadida oculta, es, simplemente la lógica natural del don. Cada gesto de amor requiere una respuesta semejante. Y esta es una consecuencia inevitable.

Dios nos ama porque es amor en sí mismo, pero también porque quiere suscitar en nosotros una respuesta similar, recíproca. Dios quiere ser amado libremente por nosotros. Y solo el reconocimiento de la gratuidad del don nos impulsa a una respuesta similar. No es fácil suscitar la reciprocidad. Debido a que es libre y, por tanto, no se puede imponer, no se puede exigir. Es posible solo sugerirla, reclamarla, crear las condiciones para que sea posible. Es aquí donde aparece el poder de la gratuidad. Solo un don sin pretensiones (incluso si sueña con una posible reciprocidad, porque todo amor reclama amor) es capaz de suscitar una respuesta similar. La respuesta recíproca libre solo puede ser suscitada por el don gratuito libre.

Pero esto no significa que este don sea ciego. Y aquí se juega todo. El antiguo lema cristiano que dice: «*Donde no hay amor, pon amor, y encontrarás amor*» siempre se cumple. Pero su eficacia depende de la autenticidad del don, de su clara gratuidad. Si se sospecha alguna motivación o pretensión oculta, todo se arruina, por justas y

santas que sean tales pretensiones. Pero la búsqueda de la reciprocidad no es una motivación añadida oculta, es, simplemente la lógica natural del don. Cada gesto de amor requiere una respuesta semejante. Y esta es una consecuencia inevitable. Y es bueno que esto sea así.

La debilidad de la “espontaneidad”

¿Por qué esta insistencia en la “espontaneidad” del gesto? ¿Qué lleva consigo el establecer un carácter “casi inconsciente” como condición decisiva de la verdad de la gratuidad? En realidad, sirve bien poco. Por lo general, la espontaneidad elogiada pronto revela su debilidad, cuando aparecen los precios que hay que pagar para suscitar la reciprocidad. *El precio de la derrota*, siendo la respuesta libre, simplemente puede no aparecer; *el precio de la incompreensión*, si alguien siempre trata de hablar primero con los demás, de recoger su pensamiento, corre el riesgo de ser malentendido y juzgado como incapaz de decidir por sí mismo, de pensar por sí mismo, que siempre trata de buscar apoyo en los demás; *el precio de poder ser explotado*: algunos se dejan amar por los otros, tranquilamente, sin mover un dedo en respuesta, quizás piensan que son dignos de ser amados y no sienten, en su egocentrismo, ningún impulso para responder al don. Todos ellos son precios *kenóticos* (que implican el negarse a sí mismo) a los que normalmente la “espontaneidad” no tiene recursos para responder. Nos quiere ir más allá.

O, a veces, se termina por ver el gesto de la gratuidad de forma autorreferencial, para reforzar nuestro orgullo o nuestra propia vanidad, para demostrarnos a nosotros mismos, o tal vez a los demás, la calidad extraordinaria de nuestra conducta,

solo, por tanto, para hacer crecer el estrado bajo el propio yo. Lo que es mucho peor. Amo para sentirme mejor yo.

Al faltar durante siglos el horizonte trinitario en la teología y en la moral, y habiendo encerrado a la Trinidad en su cielo, no se podía entender. Ahora que se intenta devolver al marco trinitario la fe en todo su esplendor, es lógico que la gratuidad se replantee.

Quiero decir que si, en principio, la elección del carácter espontáneo como criterio de autenticidad tenía el objetivo de evitar toda posible manipulación del acto de amor gratuito (cuando se ama con un objetivo distinto y escondido, para que los otros se conviertan, o superen sus prejuicios, o puedan reconocer el valor de creer, etc.). La espontaneidad parece ser muy frágil, no puede resistir a las dificultades y está sujeta a ser manipulada con fines egoístas.

Las posibilidades de la gratuidad iluminada

La gratuidad iluminada, elegida, consciente, no se cansa, es capaz de superar la prueba, de comenzar siempre de nuevo porque sabe, a la luz del Dios Trino, que solo en el don de sí, incluso aunque no hay respuesta por parte de los otros, la vida continúa, se camina en el proceso de madurez.

No se bloquea ante los fracasos y las pruebas, porque es consciente que sin la reciprocidad el amor no es pleno. Por tanto, no es suficiente amar sin límites. Nece-

sitamos ser amados. La gratuita debe ser guiada por la búsqueda libre de la reciprocidad: «*Nadie ha visto a Dios, pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud*» (1Jn 4, 12). En otras palabras, sin la reciprocidad el amor de Dios en nosotros no es perfecto.

Solo cuando la gratuidad se ilumina y busca la respuesta mutua, se comprende que el amor busca el bien de ambos (no solo el mío, no solo el tuyo).

La gratuidad busca la reciprocidad porque sabe que solo en el amor mutuo bien vivido se produce el don divino de la comunión: la presencia del Resucitado vivo entre los suyos, Don que no existe sin la reciprocidad. Yo no puede hacer comunión conmigo mismo, debe haber por lo menos dos (Cf. Mt 18, 20). Él, vivo entre nosotros, es la gran posibilidad de la caridad gratuita iluminada.

Conclusión

En realidad, se comprende que la gratuidad no se ha entendido. Al faltar durante siglos el horizonte trinitario en la teología y en la moral, y habiendo encerrado a la Trinidad en su cielo, no se podía entender. Ahora que se intenta devolver al marco trinitario la fe en todo su esplendor, es lógico que la gratuidad se replantee, incluso por el Papa Francisco: «*La Iglesia no es una ONG, es otra cosa, más importante. Nace de esta gratuidad recibida y anunciada*»¹. Y entendemos que los primeros llamados a vivirla somos los carismáticos. Los agraciados con carismas, que han recibido un don inesperado, para mostrar a los hombres la gratuidad del amor de Dios.

¹ Papa Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 11 de junio de 2013.